

Del autoexilio al viaje de vuelta a la isla: la recuperación de la historia y del lugar propio en *Los cristales de la sal*, de Cristina Bendek¹

From Self-Exile to the Trip Back to the Island: The Recovery of History and One's Own Place in Cristina Bendek's Salt Crystals

Luz Marina Rivas² 
Instituto Caro y Cuervo

ACCESO  ABIERTO

Para citaciones: Rivas, Luz Marina. “Del autoexilio al viaje de vuelta a la isla: la recuperación de la historia y del lugar propio en *Los cristales de la sal*, de Cristina Bendek”. *PerspectivasAfro* 2/2 (2023): 307-322. Doi: <https://doi.org/10.32997/pa-2023-4185>

Recibido: 31 de septiembre de 2022

Aprobado: 17 de noviembre de 2022

Editora: Silvia Valero. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2023. Rivas, Luz Marina. Este es un artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.

RESUMEN

La novela *Los cristales de la sal* (2019), de Cristina Bendek, parte del tema del exilio, reiterado en la narrativa del Caribe como región más allá de la nación. En ella se proponen dos viajes hacia la isla de San Andrés, en Colombia: uno simbólico hacia la historia familiar y la historia colectiva y otro geográfico para superar el autoexilio de la protagonista y construir una identidad que supere las tensiones de alteridades incomprendidas.

Palabras clave: Literatura de San Andrés y Providencia; exilio; construcción de identidad; historia y ficción.

ABSTRACT

The novel *Salt Crystals* (2019), by Cristina Bendek, starts from the theme of exile, reiterated in the narrative of the Caribbean as a region beyond the nation. In it, two trips to the island of San Andrés, in Colombia, are proposed: a physical, geographical one, to overcome the self-exile of the protagonist, and a symbolic one, towards family history and collective history to build an identity that overcomes tensions of misunderstood alterities.

Keywords: Literature of San Andrés and Providencia; exile; identity construction; history and fiction.

¹ El presente trabajo forma parte de la investigación “Narrativas del país a la distancia: Migraciones y exilios de Venezuela y Colombia”, desarrollada en el Instituto Caro y Cuervo.

² Doctora en Letras, Universidad Simón Bolívar (Caracas). Correo: luz.rivas@caroycuervo.gov.co

Se me desvanecen las vaguedades, sé que en este vientre enorme somos como cristales de sal, refractarios, luminosos, espejos los unos de los otros.

Cristina Bendek, *Los cristales de la sal*

En el año 2018, Cristina Bendek, de la isla de San Andrés, profesional en Gobierno y Relaciones Internacionales, obtuvo el Premio Elisa Mújica con su primera novela: *Los cristales de la sal* (2019). En general, la producción literaria de San Andrés y Providencia es poco conocida por los lectores. Apenas en los últimos años, la escritora Hazel Robinson, quien ya escribía en los años setenta, ha sido reconocida por su importante obra gracias a diversos trabajos académicos, a la publicación de sus obras por la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad del Norte, el Ministerio de Cultura de Colombia y a su incorporación a la Biblioteca Afrocolombiana del Banco de la República que también ha publicado los cuentos de Lenito Robinson Bent.³

Los 717 kilómetros que separan a San Andrés de Cartagena significan también una enorme distancia en el imaginario de nación de la mayoría de los colombianos. La cultura de las islas de San Andrés y Providencia, caracterizada por la lengua raizal de raíz inglesa, por la religión protestante, por las marcas históricas de la plantación, por los lazos más cercanos con Centroamérica y con el archipiélago caribeño, tiene un gran parentesco con el Caribe no hispanoparlante.

En una reciente entrevista concedida a la radio HJCK (2019), Cristina Bendek habla de cómo en el proceso de la escritura de su novela se encontró con pensadores caribeños como Aimé Cesaire y Edouard Glissant, que la llevaron a importantes reflexiones sobre San Andrés, su isla natal. Se preguntaba por qué en sus estudios formales no había llegado a conocer a estos autores tan cercanos a su cultura.

En esta novela, que tiene guiños autobiográficos, encontramos el tema del regreso a la isla de origen, luego de un largo tiempo fuera de ella. El regreso no es voluntario, como se verá luego. Ese largo tiempo es visto por la protagonista como un autoexilio. El viaje de regreso va aunado a su necesidad de indagar en su propia identidad en relación con las islas, la pulsión por la historia familiar entreverada con la historia de la isla, el tema racial y el pasado de la plantación como explicación de los modos de ser de los habitantes. Por todo ello, analizaremos la novela desde las consideraciones del exilio como huida y como efecto de la voluntad, de la búsqueda del pasado en una perspectiva intrahistórica y del reconocimiento del espacio en una perspectiva desde la geografía humanística y la ecocrítica.

Del exilio a la nostalgia

La protagonista, Victoria Baruq, regresa a la isla de San Andrés luego de haberla dejado en su adolescencia para ir a estudiar a Bogotá. Han transcurrido muchos años fuera de ella, pues ya en su vida adulta se radicó un largo tiempo en México. La novela está escrita en primera persona. Victoria es una joven sanandresana, raizal por herencia aunque no habla la lengua creole, hija de padre isleño y madre bogotana. Es un personaje herido, que regresa luego de un divorcio y luego de la muerte trágica de sus padres. Padece de una diabetes reciente, diagnosticada luego de un desmayo al regresar del cementerio donde enterró a sus padres. Se infiere así que la enfermedad es una expresión de las heridas emocionales y de la carga del pasado familiar. A lo largo de la novela, el personaje muestra cómo ha aprendido a convivir con su enfermedad, que se menciona una y otra vez, pues

³ Para conocer un panorama de la literatura del archipiélago, ver el trabajo de Mónica María del Valle Idárraga, "Literatura del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina" publicado en https://www.academia.edu/39341495/Literatura_del_archipelago_de_San_Andres_Providencia_y_Santa_Catalina

Victoria vive atada a la necesidad de medir sus niveles de glucosa en todo momento. Metafóricamente, podríamos decir que la convivencia con la enfermedad es una imagen de la convivencia con la isla también herida con su historia escindida, con su crisis ambiental y su política caótica, pero tan de Victoria como su cuerpo, que lleva consigo su enfermedad de la mejor manera que puede. El regreso se narra en relación con la salida quince años atrás. Habla de su salida de la isla como autoexilio, como una huida.

Vale la pena detenerse en la idea del autoexilio y la huida. Dice Victoria: “Apenas estoy reconociendo este núcleo surrealista del que me autoexilié hace quince años, del que salí volada cuando todos los que podemos huímos, después del bachillerato” (Bendek 11).

Lulú Giménez, quien ha estudiado el tema de la insularidad y el tema del viaje en las literaturas del Caribe, explica que la isla es a la vez hogar y cárcel. Fue la cárcel de los esclavos traídos contra su voluntad desde África: “La tierra insular, concebida como prisión para el esclavo, también brindó protección a los cimarrones” (161). Esta autora explica que para muchos antillanos la idea de viajar, de dejar la isla es una especie de liberación. Se ven en el continente mayores oportunidades de desarrollo, pero la nostalgia emerge una vez que se ha dejadola isla. Reflexiones parecidas hace también Michaelle Ascencio en *El viaje a la inversa* (2000). En este trabajo, Ascencio estudia el motivo del viaje en la literatura antillana de Haití, Martinica y Guadalupe, islas también, en las que la insularidad se hace tema literario. En diversas novelas, la motivación del viaje está en la necesidad de ampliar los horizontes y la cultura, pero “es también una excusa para criticar las costumbres y la política, pero sobre todo, es una vía para escapar a la asfixia de los lazos sociales” (23).

Podemos encontrar en *Los cristales de la sal* que el primer exilio es el de la isla misma. Victoria Baruq examina su propia escritura de la adolescencia:

De entre los cuadernos del colegio salvé unas páginas, escritas cuando pensaba que vivir aquí era lo peor que me había podido pasar, que estar rodeada de mar era la peor circunstancia en la que había podido nacer, sobre todo por la profunda soledad de no ver mis rasgos en la cara de nadie, de no entender nada. (25)

En efecto, Victoria se sentía extraña en la isla en su adolescencia, pues el hecho de ser la más pálida entre sus compañeros de clase, el hecho de no saber hablar la lengua creole y tener una madre *pañá* (continental) la alejaban de los demás, a pesar de ser raizal por parte de padre. También se sentía alejada del resto del mundo. Como adolescente escribe:

He vivido siempre en este lugar fuera del mundo, mundo que aquí llega a través del muelle o del aeropuerto, o está en libros ya mohosos que al abrirlos se desbaratan, que se desarman letra por letra porque igual leídos desde aquí no significan nada. (25)

El lugar cerrado que duele nos remite al tema de la isla como forma de aislamiento. La insularidad es relevante para la protagonista, pues está íntimamente relacionada con el exilio. La novela se inicia con una relación de amor-odio con la isla. Para la adolescente que huye, la relación con la isla es conflictiva y su deseo es el de poder crecer y desarrollarse en otro espacio, sin los límites que la isla le impone. Sin embargo, en los lugares donde ha debido vivir, parece que la sensación de la isla la persigue. Así sucede cuando en México, encuentra en la calle muchas caras conocidas, lo que la hace pensar que hasta una ciudad grande puede sentirse como un pueblo.

La idea del autoexilio propuesta en la novela, nos remite a las reflexiones de Michaelle Ascencio sobre el exilio en la narrativa antillana. Si bien no se ha tratado de un exilio sino de una migración, se ha sentido como tal. Ascencio explica que “hablamos de *exilio* (y no de *viaje*), porque el individuo, en cierta manera, se prohíbe a sí mismo regresar hasta que cambien las condiciones que lo obligaron a partir (16). Añade que la novelística y la crítica parecen preferir la palabra *exilio* a la palabra *emigración* “para insistir en estos contenidos de necesidad, pena y prohibición de regreso que lleva implícitos la palabra *exilio*” (16).

La necesidad de huir de la adolescente se relaciona también con una sensación de sentirse extranjera en su isla natal, lo cual implica una crisis de identidad. Dice Baruq:

Supongo que mi ascendencia es todo un manojo de ansias. Yo soy isleña, se supone, como la abuela a la que conocí más que todo en fotos. (25)

A todos nos ensombrece una soledad que se encierra tras las pieles de colores. (25)

Busco en las miradas, de los árabes con quienes comparto el origen de un apellido, miro sus frondosas y pronunciadas cejas como las mías. [...]. (25)

[...] busco también en las miradas de los nativos pistas sobre mi cabello esponjado, mi quijada ancha y mis pies cuadrados. Eso sí, no hay negros en mi familia, me insisten. En mis ojos hay un azul como el mar del atardecer, cercado por un aro que es amarillo, como un desierto. (26)

Nosotros somos raizales, raizales diferentes. No tenemos nada de negros, decía mi abuela. Nunca lo entendí. Nuestro inglés -¿cuál inglés?- era el británico, y los negros eran los esclavos. Pero por más que ella insistiera, mis primos cachacos me molestaban, dice en el cuaderno, pelo cucú, dicen, rancho viejo, bombril. Mi mamá me contó que cuando nació, mi abuela le dijo que mi pelo y lo demás seguro no venía de su lado, sino de algún negro andino, seguramente, perdido entre mi familia materna. Sí, seguramente. (28-29)

Como podemos ver en esta serie de citas, el primer lugar de la identidad es el cuerpo, los rasgos físicos y el color de la piel. Hay un rechazo de ese cuerpo en el racismo de sus primos cachacos y su abuela, que también tergiversaba la historia diciendo que en San Andrés la esclavitud no había sido tan mala como en otros lugares. Sin embargo, también hay un malestar en Victoria por no poder identificarse con otros cuerpos, los cuerpos color caoba de sus compañeros de clase o los cuerpos de los árabes que abren tiendas en la isla.

Ahora bien, a pesar del deseo de no regresar, hay un quiebre en la vida de Victoria: la circunstancia de la muerte sorpresiva de sus padres y la renuncia de la persona que cuida la casa familiar en la isla. Esto obliga a la protagonista a regresar, con la idea de que será por un tiempo breve. Ello no obsta, sin embargo, para sentir al llegar una necesidad inmensa de pertenecer, de apropiarse de la isla de donde se había sentido exiliada. No ser del todo raizal, ni del todo *pañña*, ser confundida con los turistas, tener un cuerpo diferente, no ser percibida como isleña, comprender el racismo de la abuela, todo ello configura un disparador que llevará a la protagonista a indagar sobre sus orígenes.

En sus *Reflexiones sobre el exilio*, Edward Said cita a Simone Weil, quien hablando del dilema del exilio decía que “Tener raíces quizá sea la necesidad más importante y menos reconocida del alma humana” (Weil cit. por Said 191). El regreso toma entonces otro cariz. El reencuentro con los viejos cuadernos, con los objetos de la familia, con las fotografías antiguas de los tatarabuelos, los recuerdos que desatan todos estos, así como la necesidad de restaurar la casa invadida por el moho de la humedad y el deterioro de los años hace nacer en ella

la nostalgia y la búsqueda del pasado familiar. Poco a poco va cediendo a la idea de quedarse en la isla. Parece ir abriéndose la posibilidad de encontrar un lugar en el mundo. Said dice que el exiliado “sabe que en un mundo secular y contingente los hogares son siempre provisionales” (193). La pertenencia entonces se hace deseo; será la vía para el personaje de dejar de ser exiliada.

Victoria se encuentra con una casa en ruinas y un entorno muy complejo. Cuando se reencuentra con los habitantes de la isla, antiguos compañeros y nuevos conocidos, conoce la situación de abandono estatal y precariedad del modo de vida de los isleños. El turismo y los turistas tienen la prioridad para acceder a servicios como el agua potable, la electricidad y el internet, mientras que los locales no los obtienen con facilidad o no llegan a tenerlos. La contaminación producto del turismo y de la falta de políticas para el manejo de los desechos contrasta con la imagen paradisíaca que se vende a los turistas. Hacer casa en este lugar requiere de Victoria dos viajes en dos sentidos: uno histórico, un viaje simbólico hacia el pasado, como una historiadora de su propia familia y de su isla para apropiársela y otro geográfico y social, empático, acompañada de sus amigos, recorriendo la isla para re-conocer sus espacios y hacerlos lugares suyos, de manera que pueda sentir la pertenencia a un colectivo, sin idealizarlo. En este último, resulta indispensable el reconocimiento de una tensión entre lo raizal y lo continental, que ha marcado los modos de vida de San Andrés y que tiene también un componente político importante. El turismo, el tráfico de drogas, la inseguridad creciente, las bandas criminales conforman una sociedad problematizada.

El viaje hacia la historia

En la teorización acerca del género de la novela histórica, Noé Jitrik (1995) explica que este género nació en el siglo XVIII en un momento de crisis social, como lo fue la Revolución francesa, pero que puede surgir en otros momentos de la historia cuando hay crisis sociales o individuales que implican la pérdida de identidad. Jitrik explica cómo la novela histórica puede tener diversas finalidades, que pueden ser estéticas, políticas, ideológicas o lúdicas, pero todas ellas se subordinan a la finalidad mayor que consiste en la comprensión de una identidad. En *Los cristales de la sal* se produce una crisis de identidad individual, que se irá resolviendo a medida que se comprende una identidad colectiva. En esta novela, la historia de los antepasados de Victoria se enlaza con la historia de la isla: la historia de la esclavitud, el decreto de la Intendencia de 1912, los problemas de la propiedad de la tierra y las leyes colombianas que violentaron esta. Todo ello tiene una incidencia en el presente, para poder construir una identidad individual, la de Victoria, y una colectiva, la de los sanandresanos.

El primer encuentro con el pasado se da cuando la protagonista comienza a habitar de nuevo la casa familiar, de la que dice que está vacía. Sin embargo, allí aparecen los cuadernos del bachillerato con aquellos escritos que preconizaban la huida. A partir de los cuadernos, la memoria se activa y Victoria evoca el trabajo del árbol genealógico que le otorgaría a ella y a su padre la condición de raizales por la OCCRE (Oficina de Control, Circulación y Residencia) de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Esta condición quedaba oficializada en unas tarjetas doradas. Evoca también sus deseos adolescentes de salir, de encontrar buenas universidades. Luego vendrán otras presencias silenciosas: las máquinas de escribir y los documentos olvidados, entre los cuales está la fotografía de los tatarabuelos, tomada en Jamaica 105 años antes: Jeremiah Lynton y Rebecca Bowie, aquel venido de Jamaica y ella, raizal. Esta fotografía es una constatación del origen raizal, que una y otra vez Victoria reivindica ante el taxista, los vecinos, los nuevos conocidos. *Soy de aquí*, repetiría una y otra vez, y una y

otra vez le contestarían que no la habían visto antes.

El segundo encuentro con el pasado se da a través de Ma Josephine, a quien recurre Victoria cuando sufre de una baja de azúcar estando en un concierto en una iglesia bautista. Se trata de una señora a cargo de un puesto de comida en las afueras de la iglesia. Josephine le da doble alimento, la *sugar cake* con los sabores de la isla: canela, coco, azúcar, un té de menta, un pastel verde de coco, chocolate, jengibre y hierbas -que se le antojan a Victoria como saborear la tierra mojada-, y por otra parte, reconoce los nombres de los tatarabuelos y sabe las historias que Victoria no conoce, como las de los descendientes de la pareja. Es interesante que, como dijimos arriba, la diferencia del cuerpo con los cuerpos de los demás era un problema de identidad para Victoria, pero Josephine le dice que tiene rasgos de su bisabuela. Su mentón y sus ojos grandes son los de su bisabuela Rossilda. Le explica también que su bisabuelo había fundado un colegio en el que se prohibía hablar creole, por lo cual Victoria entiende por qué a ella no se lo enseñaron, sino solo el inglés británico, que tanto defendía su abuela. También le comunica que su tatarabuelo Lynton firmó la creación de la Intendencia y que era un *obíá*, un brujo, por lo cual su esposa lo dejó. El encuentro con Josephine marca un hito en la búsqueda de Victoria: “yo la miro bien y trato de buscarme en ella, en todo el contenido de su cuerpo, entre su memoria, que me acaba de dar un lugar que ninguna ciudad hubiera podido hacerlo” (71). Esta conversación le devuelve las raíces perdidas. Ma Josephine se presenta como una anciana sabia, una figura maternal acogedora:

Quisiera que me abrace. Podría ser mi *Maa Josephine*, o *Big Mama Josephine*. Está hecha de dulce, ella es una gran galleta de *sugar cake*. Me acerco a ella, toco su brazo y le agradezco insistente en todos los idiomas que conozco, *Maa Josephine* solo me da palmaditas en la espalda. *Alright, mami!* (75)

En esta interesante conversación, comienza la reconciliación de Victoria con la isla. Llega incluso a contestarle en un tímido creole a Ma Josephine. De allí saldrá sintiéndose más liviana, pues empieza a satisfacerse ese encuentro con las raíces del que habla Simone Weil. Esto le abre los sentidos. En episodios que siguen, cierta música la conecta con su adolescencia; algunas personas nunca vistas se le hacen familiares.

El tercer encuentro con el pasado se da en los predios de la universidad, donde su amiga Juleen le presenta a un grupo de discusión política, que se reúne para discutir los problemas de la isla a partir de su historia y para pensar en la necesidad de la autonomía del Departamento. Volveremos a esta forma colectiva de conciencia histórica. Para seguir en la búsqueda individual de la protagonista, es interesante cómo en un patio de la universidad, Victoria encuentra una lápida con una inscripción que resulta ser la tumba de su tatarabuelo, Jeremiah Lynton. Ese extraño encuentro de un solo muerto enterrado en el terreno de la universidad le produce una extraña sensación a ella, pero se reconoce en el espacio de la isla: “De repente me vi por todas partes, pegada en el paisaje como una calcomanía transparente” (104). En otra salida, Victoria le cuenta a su nuevo amigo Rudy, que sin ser raizal conoce a fondo la historia de la isla, que su tatarabuelo está enterrado en la universidad. Él le explica que la familia que vendió el terreno para construir la universidad puso como condición que no se quitara la tumba de allí. Ma Josephine vive al lado y vuelven a encontrarse. Rudy se interesa por el nexo de Victoria con Lynton y ella le cuenta que este se casó con una raizal, Rebeca Bowie. Es entonces cuando Rudy le revela que los Bowie de la isla eran esclavistas.

Esta historia les hace remitirse a la vida de la plantación, que Victoria investigaría después. Por otra parte, ella le confiesa que su regreso tuvo que ver con la casa: “la casa, mi único vínculo con Colombia me hizo regresar a la isla” (121). De nuevo aquí, la imagen de la casa se asocia con la tierra o más bien con el terruño. Es el único

lugar en el mundo que le pertenece a Victoria. La casa es también una forma de la isla. Isla y casa son formas de lo mismo en el mundo de la protagonista. A ellas se suma la figura maternal de Ma Josephine, asociada a la tierra por las hierbas de sus postres, por su olor dulce, por ser guardiana de la memoria. Cabe, entonces, notar que en esta novela una subjetividad femenina se construye en la primera persona de la narración. Busca recomponerse luego de una vida escindida por el rechazo a la tierra natal, que la había dejado sin raíces; es decir, desarraigada. Se percibe a sí misma como una alteridad para los otros, una alteridad rechazada por razones raciales y sociales. Esta escisión produce en ella una pulsión de identidad. En el proceso de encontrarse a sí misma, se suceden tres imágenes de lo femenino: la isla, la casa y la madre representada en Ma Josephine. Así, más adelante, en medio de un baile en el que se sentirá integrada a la comunidad, dirá:

yo estoy en esta isla y toda la isla es mi casa [...] Pero es que toda la isla es mi madre, me digo, yo salí del mar y aquí llegué a levantarme, en la arena de millones de años y por la sangre de todos mis muertos. (179)

La necesidad de encontrar las raíces impulsa el viaje hacia la historia.

El cuarto encuentro con el pasado sería la construcción de una historia *matria*, que en el caso de Victoria está indisolublemente relacionada con la historia familiar. Para el historiador mexicano Luis González y González, la historia *matria* es la historia de la pequeña comarca, la *microhistoria*, como la han conceptualizado también historiadores italianos como Carlo Ginzburg. Si la “comunidad imaginada” es para Benedict Anderson, aquella que conforma una nación cuyos habitantes no llegan nunca a conocerse y regiones que no se llegarán a visitar, la pequeña comarca, dice González y González, es la patria chica, la *matria*, el mundo de la madre, el terruño que puede conocerse (González y González 15). Añade:

Matria es la realidad por la que algunos hombres hacen lo que deberían hacer por la patria: arriesgarse, padecer y derramar sangre. La patria chica es la realización de la grande, es la unidad tribal culturalmente autónoma y económicamente autosuficiente, es el pueblo entendido como conjunto de familias ligadas al suelo, es la ciudad menuda en la que todavía los vecinos se reconocen entre sí, es el barrio de la urbe con gente agrupada alrededor de una parroquia o espiritualmente unida de alguna manera, es la colonia de inmigrados a la gran ciudad, es la nación minúscula como Andorra, San Marino o Naurú, es el gremio, el monasterio y la hacienda, es el pequeño mundo de relaciones personales y sin intermediario. (31)

Aunque tal vez lo de la autosuficiencia económica es discutible, lo central en la concepción de la *matria* es la idea del terruño en el que sus habitantes se conocen y tienen relaciones directas. Olvidó el historiador hablar de la isla, como *matria* posible, lo cual resulta especialmente apropiado para una gran cantidad de islas del archipiélago caribeño, con una pequeña extensión territorial y con una población que se reconoce. Y es así que San Andrés, en la novela de Bendek, es una comunidad en la que la gente siente que debe reconocerse. La protagonista declara que en la isla el pasado es importante y se hace necesario hacer árboles genealógicos. Cuando Victoria dice que es raizal, frecuentemente le responden que no la habían visto antes, a causa de su larga ausencia, pero cuando se encuentra con sus compañeros de clase como Juleen o con los mayores, que recuerdan a su madre que vendía seguros o que reconocen los apellidos de sus antepasados, ella se hace parte de esa *matria*. Por ello le resulta imperioso indagar en el pasado, en su historia personal enlazada con la historia de la isla. Así encontrará su identidad isleña y su pertenencia.

Victoria decide hacer búsquedas activas en la Biblioteca, consulta sobre los apellidos familiares escribiéndole a la escritora Hazel Robinson, ficcionalizada en la novela, quien le envía una fotografía de su tatarabuelo y le cuenta que ha conocido a sus abuelos. De esta manera, su aproximación a la historia es intrahistórica. Podemos decir que esta novela tiene varios elementos de la *novela intrahistórica*, sobre la que hemos teorizado en un trabajo anterior (Rivas). Unamuno conceptualizó la *intrahistoria* como la historia de la gente común, alejada de la voz oficial que escribe la historia desde el poder. Se relaciona con las nociones de la *historia desde abajo*, de los historiadores británicos y con la *microhistoria* de los italianos, ambas parte de la *nueva historia* en el siglo XX, que también incluye los modos de historiar de la Escuela *Annales*, de Francia. La *novela intrahistórica* es, entonces, un tipo de novela histórica que ficcionaliza la historia desde estas perspectivas. Tiene, como la novela histórica, una pulsión de identidad, algún personaje historiador o quien hace sus veces, una problematización de la historia en el interior del texto, un interés en el documento, pero también en fuentes alternativas de la historia, como la memoria oral de los mayores. Todo esto está presente en *Los cristales de la sal*. Victoria necesita explicar el presente desde el pasado. Hace las veces de historiadora, consulta los archivos de la familia: fotos, fundamentalmente, y los de la Biblioteca pública; entrevista a Ma Josephine y solicita una cita con Hazel Robinson.

La aparición de Hazel Robinson en la novela no es por azar. Es la escritora más importante de San Andrés y sus novelas recrean la historia de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Sus novelas *No give up, Maan! ¡No te rindas, hombre!* (2002), *Sail ahoy!! Vela a la vista* (2004 y 2021), *El príncipe de St. Katherine* (2009), *Si je puis, I will if I can* (2019) y los relatos reunidos en *Los cinco delantales de mi abuela* (2019 y 2022) son viajes literarios a la historia de la isla y a la memoria individual y colectiva. De esta manera, Cristina Bendek rinde homenaje a la escritora y, a la vez, se muestra continuadora de su obra, pues *Los cristales de la sal* constituye un nuevo viaje hacia la historia de San Andrés.

Rudy, sanandresano no raizal, y Jaime, el cachaco, politólogo y más tarde amante de Victoria, le proporcionan a ella datos valiosos sobre su familia y la historia de la isla. La misma tumba de su antepasado es una fuente más en la construcción de su propia historiografía.

Rudy encuentra el testamento del tatarabuelo esclavista de Victoria, Torcuato Bowie, quien lega a sus hijos a diversos esclavos. Este pasado ominoso es parte de la historia familiar de Victoria: “Pero en cada rayo de luz viaja también su sombra” (184). Llega a manos de ella un primer censo hecho en 1793, en el que aparece también este antepasado, junto con su esposa Sara. Verónica infiere que Sarah debió ser africana, puesto que no hay apellidos, ni se dice nada acerca de su origen. Entiende que su antepasada fue silenciada en la familia y el hallazgo le da alegría. A pesar del rechazo de su abuela racista a sus posibles genes africanos, Verónica acepta sus múltiples orígenes, que la han hecho la persona que es: su padre de origen raizal y árabe, su madre *pañña*, sus ancestros colonos y dueños de esclavos y su antepasada Sarah, esclava negra, casada con su amo, a quien puede recuperar de su invisibilidad y a quien le dice desde su soledad: “Siento alivio, aparto el computador un momento, mi cabeza oscila, feliz. Veo una red tejerse, veo los ojos de mi abuela a la que no le dijeron nada. He corregido un olvido por culpa de la historia de Sarah, tus hijos no te olvidarán de nuevo” (201). La historia se acepta, se integra, se conjura.

Verónica reflexiona acerca del pasado. Dice que no es posible lo que algunos viejos desean: que los continentales se vayan y que la isla vuelva a una economía de subsistencia. La plantación es la imagen del lastre que no deja avanzar en *Los cristales de la sal*, como le dice la protagonista a Jaime, el profesor cachaco que se

hace su amante: “Sacarse la plantación del interior es una labor generacional, dejar de preguntarse por los colores, reconocerse en las caras de los demás, cuestionar las herencias” (225). En estas citas podemos aproximarnos a lo *Uno* y lo *Diverso* de Edouard Glissant, para quien lo *Diverso* es la posibilidad de coexistir sin borrar las diferencias, sin pretender la homogenización cultural de la idea europea de lo universal, que sería lo *Uno*. Lo *Diverso* está presente en las culturas creoles, que reúnen culturas de todas partes.

Así, Verónica conoce el pasado para poder superarlo en ese lugar que ya siente como su casa. En perfecta sintonía con Glissant, declara:

Soy una división pero también una diferencia integrada, quiero ser la comunión de todo. En mi sangre raizal algo vibra con este ritmo, y también en la sangre árabe y en la sangre continental. Lo reconozco. Yo soy migraciones enteras, historias de guerra y anhelos que nunca conoceré en detalle. (240)

Como hemos podido observar, hay en esta novela el viaje hacia la historia, el escudriñar en las historias familiares para asimilar el pasado y liberarse de sus lastres, permite a la protagonista afrontar de otra manera el presente y el futuro.

Gracias a este proceso de apropiación del pasado familiar, Victoria va sintiendo más su isleñidad y podrá declarar: “Soy isleña”. Se reconcilia con el lugar del que salió huyendo en su adolescencia. A medida que indaga en sus orígenes multiculturales, se reencuentra con la sociedad multidiversa que es el San Andrés de hoy:

Un nativo me vende mango en creole y me alegra, otro hombre canela me sobrepasa, vestido de camisa formal y pantalón largo; el peludo árabe de mirada oscura me ofrece “barato, barato” lo que busque y la vendedora costeña me dice que siga a la orden. Repite lo mismo a los largos europeos que vienen de la playa, una pareja de rubios de casi dos metros, hablando algo que me suena a holandés. Y pienso en cómo un pedacito de este lugar también les pertenece de alguna forma a todos ellos, en la forma del mundo que confluyó todo en el Caribe. En ningún otro lugar en Colombia esto es tan claro, en ninguna otra frontera hay otros seis Estados. Y ningún otro lugar está tan cerrado a sus posibilidades. Ningún otro lugar me duele más, ciertamente, nada me consuela tanto, como me confunde. (159)

Ahora bien, Victoria no es la única investigadora del pasado histórico de la isla. Volvamos a la historia analizada por los jóvenes de la isla. En la novela, la historia y la memoria son parte de un proyecto colectivo de los jóvenes raizales y no raizales que se reúnen en Likle Gough, en un *thinkin'rundown*. Allí lleva Juleen a Victoria y le explica: “Aquí están unos amigos que forman discusiones con los pelaos sobre los problemas de la isla” (85). De esta manera, se hace un grupo de formación política. Sus discusiones son una forma de apropiación de la microhistoria, la historia *matria* de la isla. Victoria se hará con estos nuevos amigos, que trabajan por la autonomía de San Andrés y Providencia y que discuten sobre la historia y sus efectos en el presente que les toca vivir. Entre ellos está Jaime, Rudy, pero también Nard, que estudió Filosofía, y Franklin, abogado. Así, discuten acerca de la debilidad del Estado colombiano, que entregó la Mosquitia a Nicaragua en 1928, obligando a las familias sanandresanas a necesitar pasaportes para visitar a su familia. Discuten también sobre los intentos de Roosevelt para hacerse con las islas. Conversan sobre los efectos del Puerto Libre instituido por Gustavo Rojas Pinilla, y cómo ello incidió en la llegada de los paisas y los árabes comerciantes, pero también del turismo, del contrabando y del narcotráfico. La experiencia impacta a Victoria: “Yo no aprendí la historia local en el colegio; para mí la política era algo que pasaba en ‘Colombia’. Ahora tengo tantas preguntas que no puedo organizarlas bien, y anoche menos” (98).

Interesante reflexión de la protagonista, que en sus tiempos de estudiante veía a Colombia como una exterioridad, un lugar *Otro*. En la “comunidad imaginada” de nación, de acuerdo con la concepción de Benedict Anderson, no se percibía el archipiélago como parte de Colombia y, por lo tanto, la historia local, la microhistoria, no era parte del programa escolar. De manera parecida, la escritora Ana Lydia Vega (1995), de Puerto Rico, reflexiona en su interesante ensayo “Nosotros los historicidas” sobre la necesidad de los escritores puertorriqueños de su generación de recuperar la historia en la literatura, porque la historia era una desconocida para los puertorriqueños. Afirma que en su infancia, en los programas escolares de su isla, no estaba la historia de Puerto Rico: “los cursos se detenían muy prudentemente en el 1898” (24), precisamente el año de la llegada de los estadounidenses. Añade la escritora:

Por eso, muchos años más tarde, cuando vinimos a descubrir que nos habían condenado a un eterno y anodino presente, que nadie había tenido nunca la decencia de soplarnos qué éramos, a pesar de todo, adoptados, nos enfogonamos. Nos dio con oír maullar de noche al gato encerrado. Y, para bien o para mal, nos quedamos con esa eterna manía de querer rescatar, a lo *Indiana Jones*, el Santo Grial de la Historia secuestrado por los infieles, de querer arrancarle al olvido los nombres mágicos e irremplazables de nuestros verdaderos padres. (25)

Podemos ver en esta cita un paralelo con las reflexiones de Victoria y los ecos de la pulsión de identidad en la amplia región supranacional del Caribe, que ha producido una gran cantidad de novelas que se interrogan sobre la historia, arrebatada por el pasado colonial. A lo largo de la novela, Victoria irá tomando una mayor conciencia de la historia local. De la mano de Rudy, encontraría más datos del pasado de la historia de la isla, como la historia de la esclavitud unida a la de su propia familia y a la plantación, como el fracaso de la Intendencia, como el despojo sufrido por los raizales luego de una serie de incendios provocados en los años setenta, que desaparecieron los títulos de propiedad de los nativos, muchos de los cuales no tenían copias o nunca habían tenido títulos porque la herencia había sido por tradición, porque habían sido legados verbalmente, como en los tiempos de los ingleses. Esto se prestó a que muchos continentales obtuvieran títulos de manera fraudulenta, luego de que la agencia nacional de tierras declarara a San Andrés territorio baldío. También el Estado colombiano había instituido la ley de que para heredar propiedades había que ser católico. Rudy va llevando la historia hasta años más recientes en los que la memoria personal se activa. Le recuerda a Victoria las movilizaciones de los raizales que bloquearon el aeropuerto en 1999 y el botadero de basura, lo cual causó una crisis económica. El impacto de esto fue vivido por la propia Victoria en su niñez y sus padres. De esta manera, Victoria se hace personaje anónimo de esa historia de la isla. Ella la vivió y la recuerda. Como decía también en su ensayo Ana Lydia Vega, era importante para los escritores de su generación rescatar la historia de los Juanes y las Juanas, es decir, del pueblo que sufre la historia.

Podemos notar que a lo largo de la novela se reflexiona sobre la isla, sobre la colonización, sobre la plantación que resulta como lastre, sobre la identidad -“La identidad sanandresana es una identidad en construcción” (236)-, sobre la necesidad de conexión con la creolidad, sobre la necesidad de cambiar la mirada sobre el mundo:

He sentido que aquí la nostalgia es una trampa. Muchos quieren regresar el tiempo incluso antes de la colonia. Pero en el fondo no tenemos dónde volver, ni a África ni a los turbantes. El Caribe entero tuvo su época de reversión, en la que quiso encontrarse en el continente viejo, pero allá tampoco saben ya

quiénes somos nosotros. Hay que aceptarlo y es genial aceptarlo, lo hemos transformado todo. (236)

Tal vez para trascender en la lucha raizal hay que aceptar al mundo, fluir en el mundo, entender su ritmo. Colombia no es lo único que hay allí afuera, y Colombia sola no nos colonizó; se tomaron decisiones también desde aquí y ahora hay que revisar las consecuencias, con madurez. (237)

En realidad, incluso en el marco legal colombiano existen muchas puertas abiertas para establecer desde las islas una avanzada diplomática propia que nos conecte de nuevo con la Nación Creole. (237)

Podemos, entonces, encontrar en estas citas cómo la novela se apropia del ensayo, que está en sintonía con el pensamiento caribeño de Édouard Glissant, para quien la antillanidad y la creolidad reúnen a los pueblos caribeños, en el entendido de que ya no es posible el regreso a África. Igualmente otros pensadores, como Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant, encuentran en la creolidad el camino para el conocimiento de los caribeños de sí mismos. Así, inician su manifiesto *Elogio a la creolidad* diciendo:

Ni europeos, ni africanos, ni asiáticos: nosotros nos proclamamos creoles. Llamarnos creoles será para nosotros una actitud interior; o más bien, una vigilancia, o mejor aún, una especie de envoltura mental en medio de la cual se construirá nuestro mundo con plena conciencia del mundo. (11)

De esta manera encuentra Victoria un lugar dentro de la microhistoria de la isla. El viaje hacia la historia la reconcilia con su isla y le da las raíces y el sentido de pertenencia, que no había tenido antes de su autoexilio.

El viaje geográfico

El viaje de regreso a la isla se inicia en el mapa, desde el comienzo de la novela, cuando la protagonista se presenta y dice: “Mi suelo natal es una isla diminuta en un archipiélago gigante que no alcanza a salir completo en los mapas de Colombia” (11). El diálogo entre la literatura y la geografía se da en la geografía humana, es decir, en la concepción del espacio como lugar habitado, como lugar de relación, que produce efectos en los seres humanos. Como dice el geógrafo Eric Dardel, “El paisaje se unifica alrededor de una tonalidad afectiva dominante” (91) y añade: “El paisaje enjuicia la totalidad del ser humano, sus vínculos existenciales con la Tierra o, si se prefiere, su geograficidad original: la Tierra como lugar, base y medio de su realización” (91). El geógrafo Yi-Fu Tuan, quien teoriza sobre lo que llama la *geografía humanística*, hace una distinción entre *espacio* y *lugar*. El espacio es abstracto, tiene que ver con una localización; el lugar, en cambio, es el espacio transformado cuando se relaciona con el ser humano. El lugar tiene estabilidad y permanencia, mientras que el espacio es movimiento. En la relación que se establece entre el ser humano y su espacio, este se llena de sentido y se convierte en un lugar (Nogué 2018). Esto puede verse de manera nítida cuando Victoria se acerca a la isla desde el avión y se aparecen imágenes sinestésicas en el encuentro con la isla en la que es posible sentir sensaciones en el cuerpo y ver formas:

Tras una hora y media de vuelo sentí el inicio del último descenso y el lecho azul oscuro empezó a vetearse de verdes vivos. Cerré los ojos y empecé a recrear la *sensación del agua salada rodeándome el cuerpo*. Pronto los cayos del sudeste aparecieron, no lo recordaba, o tal vez nunca lo supe, pero la perspectiva aérea los convierte en *una enorme mariposa* bordeada por la espuma blanca de las olas que rompen contra el arrecife. El avión vira a la derecha, desciende un poco más y aparece algo increíble, entre nubes, el famoso *caballito de mar*, rendido a su elemento, delineado por la costa de playas y rocas.

Desde el aire, la isla parece ese animalito, un navegante, una porción de este archipiélago de coincidencias fantásticas. (19. El remarcado es nuestro)

De acuerdo con Tuan, la experiencia y la cultura organizan el espacio y lo transforman en un lugar. Entiende que la experiencia incluye diversas formas de aprehensión de la realidad, desde los sentidos más directos como el olfato y el gusto, la percepción visual, las emociones que se asocian, el pensamiento y la simbolización (Tuan). En esta cita de la novela puede verse cómo Victoria evoca desde el avión las sensaciones en la piel producidas por los baños de mar que están en la memoria del cuerpo y luego mirando desde las alturas las formas de la isla visualiza una mariposa en los cayos y un caballito de mar, que en efecto es lo que sugiere el mapa de la isla. Una primera representación del espacio desde la propia experiencia es la táctil del agua de mar. Una segunda representación en el presente vivido es la imagen de la mariposa, porque así está viendo los cayos. Se trata de una imagen visual producto, como diría Tuan, de la percepción visual activa (Tuan 5), pero el caballito de mar es “famoso”; es ya una forma acuñada por la cultura.

Esas visiones de la naturaleza contrastan con lo que ya encuentra en tierra: en el aeropuerto las cosas no funcionan. Al salir del mismo, encuentra que el lugar de llegada “Sigue siendo el mismo pueblo, aunque los semáforos sí que son una novedad. La calle principal desde el aeropuerto no tiene andenes aún y el Chevrolet Caprice de amortiguación exagerada, en el que vine meciéndome hasta la casa, tuvo que esquivar los mismos huecos de hace veinte años” (21).

De esta manera se inicia una serie de contrastes en la mirada subjetiva de la isla, que se van a suceder a lo largo de los diversos tránsitos de Victoria por los lugares de su infancia y adolescencia. El viaje se hace físico y simbólico; es un tránsito desde el rechazo hasta la aceptación e integración al lugar.

La llegada a la casa vacía y ruinoso implica poner orden en el lugar, exterminar comejenes y cucarachas, limpiar, reparar la plomería y los aparatos electrodomésticos, pero es también el encuentro con objetos entrañables, cargados de memorias y emociones. Sin embargo, nos interesa particularmente la apropiación del espacio exterior de la casa. Como se dijo arriba, la casa es una alegoría de la isla, pero la isla misma es recorrida en un viaje de reencuentro, de re-conocimiento, en el que los espacios se redescubren como lugares. Llama la atención que varios capítulos tienen nombres de lugares: “Likle Gough”, “Bowie Gully”, “North End”, “El Caribe suroccidental”. La novela va construyendo una cartografía personal de la narradora, que comienza en “Apuntes de retorno”. Algunos capítulos no tienen nombre de lugar pero los lugares se hacen centrales, como en el capítulo “Los cristales de la sal”, centrado en el barrio Barrack, donde estuvo en el pasado una plantación.

A su llegada, el primer viaje es para la playa. Las primeras imágenes son de reconocimiento; primero visuales y táctiles: reconoce los colores, iguales a los recordados, los bancos de algas, los visos de colores reflejados por el sol en el agua, el mar en los oídos, el agua fría. Luego sigue la emoción del reencuentro, que tiene un halo sagrado:

Podría llorar ahora. Así debí sentirme en el vientre, en un líquido amniótico como este, de donde nacieron todas mis posibilidades. “Ay, y yo nací aquí”, me felicito. Descruzo las piernas y doy una patada con fuerza al fondo de la arena. [...] El corazón se me acelera. Acabo de recorar los bautismos de los cristianos, que los hacen también en esta playa, en el mar como ritual de bienvenida. No, no es el mar de las revistas, ni es una vacación. Es un encierro o un abrazo. (42)

Los isleños le pedimos todo al mar, a la madre fértil, que todo lo concibe y todo lo concede, se me ocurre. (42)

Este momento tiene algo de epifanía. El personaje se reencuentra con la naturaleza, se funde con ella en la imagen del mar como madre, pero la felicidad se ve interrumpida por un regatón que precede a una clase de aeróbicos para turistas y la constatación de que lo que parecían ser las algas “es un cúmulo de tapitas, pitillos, rasgaduras de empaques, colillas de cigarrillo, de cositas y más cositas” (43). Si el mar era algo sagrado, al final de la visita, es también un desagüe de aguas negras y tres hoteles venidos a menos. De acuerdo con la ecocrítica, encontramos aquí el Antropoceno, la era en que el humano impone su dominación a la naturaleza. En este episodio, encontramos por un lado la visión sagrada de comunión con la naturaleza, que como explica desde la ecocrítica Gisela Heffes, es propia de las culturas no occidentales, de los componentes africanos e indígenas marginados en América Latina, o del ecofeminismo (20). Por el otro, tenemos la concepción de la naturaleza como objeto de uso y desecho, en una sociedad consumista, que en el caso de San Andrés queda representada por la industria turística y el mal manejo de los recursos naturales. Esta visión ecocrítica se plantea a lo largo de toda la novela. Vamos encontrando cómo la industria turística afecta la calidad de vida de los residentes de la isla, a quienes no les llega el agua, que es destinada preferiblemente a los hoteles; a quienes se les restringe la electricidad y el internet en favor de la demanda turística y, más grave aún, se registra el terrible deterioro medioambiental a causa de la mala administración de los gobernantes. Si en el North End, donde vive la protagonista, están cerca los hoteles, supone ella que en el otro lado de la isla, todo será mejor, pero no es del todo así:

Aquí, de otro lado, sobre la pequeña plataforma de cemento desde la que salté, hay varios condones usados, bollitos de papel y una toalla higiénica arrugada. Huele a orines de trago hervidos por el sol. Hay incontables latas de cerveza y botellas rondadas por mosquitas pequeñas, cartones de guaro, todo en un radio bastante amplio, sobre los escalones, al pie de los arbustos. Tuve que contener la respiración para no sentir arcadas. (209)

La mirada sobre el mar es doble. Por un lado, está contaminado, recibe aguas negras, y Colombia lo ha perdido frente a Nicaragua, que ahora patrulla las aguas. Por otro lado, es parte del paisaje entrañable, más allá de la política. Dice Victoria “No es un color en una bandera, es la entidad más importante para... para mí. La gente de isla no cree que el mar sea el íter entre el oro y la sangre, el amarillo y el rojo. Esa visión es la del continente” (218).

Otro viaje es el que hace Victoria en un mototaxi, para llegar al concierto de la iglesia bautista. La moto es conducida por un raizal, que le habla a Victoria de otro deterioro: el de la seguridad. Según él, los turistas y los locales son atracados, cada vez hay más robos a mano armada. Habla de robos y asesinatos, pero luego confiesa que él entrena a jóvenes en el manejo de las armas. Ella le hace ver que sus pupilos podrían ser los asesinos que describe. En contraste con la violencia humana, la naturaleza es generosa. Victoria ve tamarindos y frutaepanes. En el camino hacia Likle Gough, Victoria va reconociendo la flora y fauna de la isla: cayenas, buganvillas, mangos, jobos y yumplones, cangrejos de tierra, y siente los olores de fruta madura y de sal. Las sensaciones sinestésicas van elaborando los lugares, que la narradora reconoce y se va reapropiando, pero en los recorridos también aparecen marcas culturales de algunos lugares, como el *Duppy Gully*, lugar habitado por los espíritus, donde se reúne la violencia de la historia y la del presente. Juleen explica: “Es que *duppy* quiere decir eso, espíritu. Ahí abajo era que iba a dar muchos esclavos tratando de esconderse. Además se supone que cuando las bandas criminales quieren desaparecer a alguien, lo tiran ahí” (82). Este espacio se hace lugar cultural,

por la creencia en los espíritus que lo pueblan, pero es también un cementerio que no admite más muertos. Juleen le cuenta a Victoria cómo las autoridades exigen a la familia exhumar a su abuela y conservar sus restos en su casa, lo cual supone una crisis sanitaria de grandes dimensiones. La creencia de que los espíritus viven en el cementerio, un rasgo de la cultura, sacraliza el lugar, pero esto contrasta con el pragmatismo de las autoridades y el daño ecológico y simbólico infligido al lugar.

Por otra parte, en sus recorridos también los espacios se hacen lugares para Victoria, cuando escucha una música familiar que la estremece y la lleva a otros tiempos.

Frente a los problemas de la isla, los locales deciden organizarse para exigir una planta desalinizadora, puesto que no hay agua para ellos. Juleen tiene tres meses sin agua. Entonces Victoria participa en un bloqueo, en el barrio de *Barrack*, que sus padres consideraban peligroso. Allí, donde en el pasado hubo una plantación, donde en otro tiempo los nativos se enfrentaban con machetes, Victoria se une a la multitud y a sus amigos, y baila, porque el bloqueo se hace danzando. Ella, luego de aceptar marihuana, se distiende, se siente fluir con la gente, integrada por fin a un colectivo enlazado por el ritmo. Cuando baila, se le dice que sí es isleña. Y esa integración se expresa poéticamente. En lo *Diverso* hay una profunda conexión:

El tiempo de todos ha confluído aquí, en este verano que hubiera prendido fuegos en todas las plantaciones del mundo colonial, con este ritmo que despegaría de su silla a alguien lo mismo en Puerto Limón, en Sudáfrica o en Ghana. El ritmo es como el hilo invisible que nos conecta, es la fuerza que nos ha movido a esta conjunción improbable que no se entiende hasta que suena música y los universos coinciden, hasta que un cuello, una pierna una cadera, delatan al espíritu que habita un vehículo de cualquier color. Así fuimos construidos por una circunstancia histórica, por un misterioso devenir que nos tiene a todos en este caldero. (185)

Hacia el final de la novela, la naturaleza se manifiesta con furia. Una torrencial tormenta acompaña las reflexiones de Victoria y Jaime sobre la isleñidad, la interrogación sobre la herencia raizal de cara al Estado colombiano, pero también en relación con el resto del Caribe, que sería la Nación Creole, la necesidad de comprender lo identitario como un flujo en constante transformación. Estos dos personajes, tan diferentes, se funden el uno en el otro como amantes, antes del apocalipsis final de la novela, narrado de una manera onírica con la llegada del huracán Otto, a esta isla de la que se decía que nunca le llegaban los huracanes. Victoria se siente ligada al destino de su terruño; ya no cabe la huída, sino la aceptación. Mientras el huracán sacude la casa, se aparecen los personajes del pasado:

Puedo verlos a todos ellos alrededor mío, aquí están entre rayos color sepia, llenos de dicha, se ríen juntos Rebecca, Jerry, Torquel y Dumorrea, Rossilda, James, Sarah... hay otras caras, como la mía, hombres y mujeres sin papeles ni nombres, multitudes enteras, silenciosas. En paz. (249)

Quiero ver al desastre limpiarlo todo, el rastro de banderas, el registro de prejuicios, quiero ver, aunque sea vestida de sepia, a un reino de amantes libertarios instalarse entre los restos de nuestras máscaras. (249)

De hecho, los amantes libertarios han sido Victoria y Jaime, que han develado la complejidad social e histórica de la isla en sus investigaciones y conversaciones. En la novela, el huracán histórico que amenazó la isla en 2016 se vuelve apocalíptico, casi anticipándose al huracán Iota, que causó una terrible destrucción en

Providencia en 2020. El final de *Los cristales de la sal* de alguna manera nos recuerda el final de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, con Macondo, la ciudad de los espejos arrasada por el viento. Sin embargo, a diferencia de Macondo, habría un nuevo comienzo y la memoria no se habría borrado del todo. Se conservaría en el color sepia de las imágenes antiguas, a las que ingresaría Victoria después de su muerte.

Esta novela proporciona una valiosa mirada sobre la complejidad identitaria de los sanandresanos, su difícil situación entre la pertenencia a Colombia y la historia de espaldas al resto del Caribe supranacional; su diversidad étnica y social; su historia silenciada; su presente afectado por la industria turística, el narcotráfico, el crimen, el daño al ambiente; la pérdida del mar por la sentencia de la Corte de la Haya en favor de Nicaragua, pero también es un texto que reivindica la herencia cultural, el creole, la conexión de la comunidad a través de sus rituales, sus alimentos, su paisaje, su flora y su fauna, el mar maternal, la apertura a los nexos con el Gran Caribe y la reconciliación con su pasado histórico.

Bibliografía

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016.

Ascencio, Michaelle. *El viaje a la inversa (Reflexiones acerca del exilio en la narrativa antillana)*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades. Universidad Central de Venezuela, 2000.

Bendek, Cristina. "Entrevista de radio por HJCK". Consulta: 15 de junio 2020, <https://hjck.com/libros/los-cristales-de-la-sal-de-cristina-bendek-una-aproximacion-hacia-el-pensamiento-caribe/>, 2019.

Bendek, Cristina. *Los cristales de la sal*. Bogotá: Laguna Libros, 2019.

Bernabé, Jean, Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant. *Elogio de la creolidad*. Trad. de Mónica del Valle Idárraga y Gertrude Martin-Laprade. Bogotá: Editorial Javeriana, 2011.

Dardel, Eric. *El hombre y la tierra. Naturaleza de la realidad geográfica*. Ed. Joan Nogué. Trad. de María Beneyto. Biblioteca Nueva, 2013.

Del Valle Idárraga, Mónica María. "Literatura del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina". https://www.academia.edu/39341495/Literatura_del_archipiélago_de_San_Andres_Providencia_y_Santa_Catalina (s.f.) Visitado el 31 de octubre de 2022.

Giménez Saldivia, Lulú. *Caribe y América Latina*. Caracas: Monte Ávila, 1991.

Glissant, Edouard. *El discurso antillano*. Traducción de Aura Marina Boadas y Amelia Hernández. Caracas: Monte Ávila, 2005.

González, Luis. *Otra invitación a la microhistoria*. México: F.C.E, 1997.

Heffes, Gisela. "Para una ecocrítica latinoamericana: entre la postulación de un ecocentrismo crítico y la crítica de un antropocentrismo hegemónico". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 79 (2014): 11-34.

Jitrik, Noé. *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 1995.

Nogué, Joan. *Yi-Fu Tuan. El arte de la geografía*. Barcelona: Icaria Editorial, 2018.

Rivas, Luz Marina. *La novela intrahistórica*. Venezuela: El otro, el mismo, 2004.

Said, Edward. *Reflexiones sobre el exilio*. Traducción de Ricardo García Pérez. Barcelona: Debolsillo, 2005.

Tuan, Yi-Fu. "Espacio y lugar". Trad. De Jennifer Thiers (s.f.). Original en inglés: 1977. Disponible en <https://es.scribd.com/doc/60894082/Espacio-y-Lugar-Yi-Fu-Tuan>. Visitado el 30 de octubre 2022.

Vega, Ana Lydia. "Nosotros, los historicidas". *Historia y literatura*. Antonio Gaztambide, ed. San Juan de Puerto Rico: Editorial Posdata, 1995.